

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS EL "BRASERI-CLUB"

Por FEDERICO VILLOCH *Dec 10/36*

★ Era allá por los años de 1888 a 1891, poco más o menos, y lo habíamos instalado en los altos del Refrigerador de Mantecón, en la calle de San Rafael entre Prado y Consulado, los redactores de "El Figaro" y "La Habana Elegante", acudiendo a él, además de los redactores de ambos semanarios, los periodistas entonces más afamados y populares, entre ellos, el Conde Kostia, Francisco Hermida, Antonio San Miguel, Pancho Daniel, Alfredo Martín Morales, Ezequiel García, Carbo, el padre de Sergio; Eduardo Varela Zaqueira, Alzamora, el repórter palaciego de "La Lucha" y Pedro Girait, ya viejo desde su juventud, y con el cual placiale al postalista hablar largas horas del misterio y los encantos de la estrellada bóveda celeste, que conocía como si fuese su casa particular, en las claras noches primaverales, cuando Sirio, Venus, Marte, Júpiter y demás magnates del espacio reinan con sus más brillantes espiendores. Por entonces eran compañeros en la redacción de "La Iberia", periódico sagastino, fundado y dirigido por el tío del poeta Pichardo, don Andrés de la Cruz-Prieto; y aparte del talento de don Pedro, ambos tenían muchas cosas en que se parecían bastante. Al despedirse en la redacción, siempre se decían:

—Hasta la noche, en el Braseri.

Don Pedro llevaba algunas veces un pequeño catelejo consigo y se pasaban las horas sondeando el cielo en un extremo del balcón del Braseri, mientras los otros discutían allá dentro de política, o se entregaban a los chismorreos periodísticos que casi siempre giraban alrededor de los "chocolates" (chivos) de la Intendencia de Hacienda. Se podía estar horas enteras oyendo hablar a don Pedro sin cansarse: hablaba de todo con interés y amenidad; y respondía a todo lo que se le preguntase.

Sentados cómodamente en el balcón de nuestro Braseri, oíamos sus socios en las temporadas de ópera, las tiple y los tenores que presentó el empresario italiano Seini—el insustituible Seini durante años y años—, y sus elencos líricos; y aunque todos, en nuestra calidad de periodistas en activo gozábamos de entradas de favor en el Gran Teatro de Tacón, allí vecino, en aquel "balcony" nos veíamos libres de las exigencias de la etiqueta, y podíamos entablar sin cortapisa las más acaloradas discusiones acerca de los cantantes y de las obras cuyas nuevas tendencias ya se advertían en "Payasos" y "Cavaleria Rusticana". Gozaba el Teatro Tacón, por entonces, y no

se si aún la conserva, la concesión especial, otorgada por el Municipio, de que, en noche de ópera, no circularan vehículos de ninguna clase por el tramo de calle de su costado izquierdo, San Rafael entre Prado y Consulado, de manera que aquél resultaba un patio tranquilo, desde el que se podía percibir en toda su pureza la voz de los cantantes: una botella "callejeril", como si dijéramos, de la que disfrutaron seguramente no pocos de nuestros lectores, algunos, con mayor gusto y sosiego, acaso, que los que experimentan hoy en sus cómodos butacones de primeras filas, pagados con usura a los revendedores...

★ Empezábamos a reunirnos en el Braseri después de las diez de la noche; pero cuando se veía más animado era después de terminadas las funciones de los teatros: Albisu, con su zarzuela española, en la que se destacaban Villarreal, Piquer, el tenor mallorquin Masanet, que tanto se hacia apiadir en el género grande; la Rusquilla, la Malvert, o alguna otra atamada tiple española que siempre figuraba en el cartel; razón, con su ópera o con alguna compañía dramática avalorada con los nombres de don Antonio Vico, Sarah Bernahard, Emmanuel, Novelli, la Keiter, acerca de los cuales sostenían las más calurosas, y a veces, enconadas discusiones los dos cronistas que compartían el cetro de la de teatros: Hermida y el Conde Kostia. Resultaba que Hermida casi siempre había conocido a aquellos artistas en su país de origen; y cada rato citaba a Venecia, viniere o no a cuento, en sus conversaciones de arte. Una vez que Hernández Miyares preparaba un número de Semana Santa, de la "Habana Elegante", al distribuir los trabajos entre sus amigos, según sus inclinaciones, nos hizo reír a carcajadas, al decirle a Hermida:

—Usted, don Pancho: recuerde a ver si se encontró a Jesús alguna vez en Venecia, y escribame algo sobre eso.

★ Allí, en el Braseri-Club, le dimos a Julián del Casal una fiestecita de despedida la noche antes de emprender su viaje a España; y allí también le ofrecimos otra de cariñoso recibimiento cuando volvió un año después, triste y desencantado, de su precaria estancia en la Villa y Corte, que lo era entonces de los milagros para los poetas de su estirpe. Igual odisea había sufrido en pasadas épocas el poeta, natural de Matanzas, Rafaelito Otero, quien después de una temporada de privaciones vol-

vio a su encantadora ciudad natal para, al poco tiempo, languidecer y morir encerrado en un manicomio... Allí, en el Braseri-Club, se concertó aquel famoso duelo entre Antonio San Miguel, director de "La Lucha", y Santos Villa, de "La Discusión"; allí nos leía Alfredo Martín Morales sus fondos de "La Lucha", encantándonos con la exuberancia y pomposidad de aquella su exquisita prosa que manejaba como uno de los grandes maestros del habla castellana; allí nos deleitaba, y enseñaba, Valdivia, recitándonos en francés los yambicos sonoros y fustigantes de Barbier y los exquisitos poemas de Alfredo de Musset.

"Je suis Mimi Pinsón..."

Y allí, al Braseri-Club, venía con frecuencia Prelezzo, aquel pintoresco bohemio que conocía toda la Habana y que se hizo célebre por su vida fantástica y paradójica. Entretiene el oírle contar sus viajes, muchos desde luego imaginarios. Según él, había residido largas temporadas en la India, en la China, en el Japón, y aquí sobre todo había tenido grandes amistades con los samurais, nobles del país, algunos de los cuales ostentaban nombres tan pintorescos como "Cocotazo", "Chuchumeco", "Basurita" y otros de igual estructura eufónica, desde luego invención del incorregible mentiroso.

Algunas veces Mantecón, el dueño de la barra que había establecida en el piso bajo, subía al Braseri a hacernos compañía, y no pocos de nosotros, al verlo, nos echábamos a temblar pensando en las respectivas cuentecitas que saldábamos con harta morosidad; pero el buenazo de Mantecón nos volvía el alma al cuerpo diciéndonos:

—No se ocupen; cuando publiquen sus libros, ya las saldrán!

★ Pocos libros publicamos; y ya puede sacarse la consecuencia.

Este bar de Mantecón fué también notable por ser uno de los primeros que dió a conocer, y puso a la venta, el lager-beer en la Habana, allá por los años del 79-80-81, etcétera, el cual se recibía de New York en barricas, y se detallaba en vasos de a diez centavos billete, con acompañamiento de lonjas de jamón o cuadrados trocitos de queso, a escoger. Lo que se consumía hasta entonces, y por cierto en desmedida abundancia, era la cerveza inglesa marca T, que venía en vasada en toscas botellas de barro, las cuales, ya vacías, se utilizaban en los jardines particulares para demarcar los canteros. Aún no se habían fundado, ni se pensaba en ello, ni La Tropical ni La Polar, cuyas acciones se agotaron cuando se fundaron ambas empresas y se presentaron en la Bolsa. Cuando empezó a conocerse y popularizarse el lager en la Habana, algunos consumidores, para soportar su pronunciado amargor, lo tomaban con "un poco de sirope"; y de ello hizo buena burla, como se recordará, en sus humorísticas crónicas, el querido y malogrado periodista Víctor

Muñoz: casi, casi, hasta no hace mucho, relativamente, nuestra modesta Habana era una aldea grande que en materia de bebidas y refrescos se contentaba con el "meneao" el "martinez-campos", la ginebra La Campana con gotas amargas, y el "chichipó", gaseosa a la que le dió ese nombre su primer fabricante Chichí Pó; excepción hecha, desde luego, del Néctar Soda de San Rafael—"El Decano"—que señaló, hasta hace poco, un honroso aparte aristocrático en el ramo, y que por lo antiguo, quizás fuese el primer refresco que saboreó Colón después de celebrar la primera misa cabe la histórica ceiba del Templete...

★ El Braseri-Club, como todas las cosas, empezó a languidecer; y con la dispersión de sus miembros se precipitó su última hora. Cuando años después perdió Mantecón por completo la vista, al encontrarse con algunos de nosotros, sólo de oírnos hablar demostraba el más profundo regocijo en su plácido rostro de ciego; y era que el eco de aquellas voces le traían a la memoria los gratos recuerdos de aquel alegre y ruidoso Braseri-Club de mejores tiempos. Aunque privado de la luz del sol, Mantecón continuó siendo siempre un andaluz de buena sombra. Era muy querido en el comercio y muy considerado en todas partes. Después, ocupó aquel local del Braseri-club una sombrerería, en los bajos, pero ya eran otras las cabezas que iban por allí, y algunas no usaban sombrero.

faix
Dic 10/36



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA